

A MODO DE CONCLUSIÓN

**Yo no querría estar aquí.
Y sin embargo**

Begoña Huertas

Begoña Huertas Uhagón nació en Gijón en 1965, es doctora en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid. Obtuvo el premio Casa de las Américas de Ensayo Artístico-Literario por *Ensayo de un cambio. La narrativa cubana de los 80* (1993), uno de los pocos estudios de aquella época sobre la literatura cubana. En 1995 obtiene el Premio Juan Benet de narrativa. Publica su primera obra de ficción en 1996, un libro de relatos titulado *A tragos* (Debate). Dos años después, en 1998, ve la luz su primera novela *Déjeme dormir en paz* (Debate) y en 2001 publica la segunda, *Por eso envejecemos tan deprisa* (Debate). Algunos de sus escritos han sido recogidos también en diversas antologías (*Páginas amarillas*) y revistas.

Estudiar la relación entre literatura y mercado, analizar la actitud de los escritores ante el aspecto comercial de su obra y recoger observaciones, experiencias y testimonios al respecto parece sin duda un tema interesante. El problema surge de inmediato cuando el asunto se limita a la situación de las escritoras y, sobre todo, cuando el libro sólo recoge la mirada de éstas. Por qué esto constituye para mí un problema y por qué en consecuencia “yo no querría estar aquí” es lo que trataré de explicar a continuación.

Al igual que las mesas redondas de mujeres sobre literatura de mujeres, los volúmenes de cuentos cuyo único motivo en común es haber sido escritos por señoras, los apartados específicos en los libros de crítica literaria para eso que se llama “literatura femenina”, al igual que todo eso, un volumen sobre la relación entre literatura y mercado que sólo recoja la experiencia de escritoras cae sin remedio bajo la etiqueta “de mujeres”. Esto, desde mi punto de vista, lejos de rectificar un tratamiento injusto por parte de una cultura machista hacia las mujeres —existente, sin duda— lo que hace es institucionalizar su marginalidad, su condición de género marcado y siempre de algo “al margen de”. Me da la sensación, por otra parte, de que a las escritoras se les agrupa en las antologías como a una ministra se le cede el ministerio de Asuntos Sociales o el de Medio Ambiente. Quiero decir que me gustaría que una mujer pudiera hacerse cargo de esos Ministerios como que también entrara dentro de la normalidad el que asumiera la cartera de Defensa

o de Interior. Y, del mismo modo, me gustaría también que la obra literaria de una escritora recibiera el mismo tratamiento que la de un escritor. He entrado de lleno en “el problema”. Intentaré ahora matizarlo.

¿Literatura femenina?: “El universo femenino”..., ¿de Heidi?

Sin duda el hecho de ser mujer, como el hecho de haber nacido en Albacete o haber cursado estudios de astronomía, condiciona de algún modo a la hora de ponerse a escribir. A mí me condiciona ser mujer como tener cuatro hermanas, como haber vivido en Madrid o como haber nacido en 1965. No niego por otra parte que pueda llamarse “mirada femenina” a un mayor interés por reflejar en una novela el mundo interior de los personajes, dar cierto protagonismo a la problemática amorosa, a las relaciones entre madres e hijas o atender con especial cuidado al detalle cotidiano. Pero estos rasgos, característicos de esa supuesta “tendencia femenina”, se encuentran tan ligados a otros aspectos dentro de una misma obra que no pueden servir para etiquetar todo el conjunto. Quiero decir que una novela de corte urbano y jóvenes protagonistas marginales tiene poco que ver con un relato ambientado en el campo de largas descripciones paisajísticas, aunque ambos estén escritos por mujeres. Lo cierto es que yo me puedo sentir mucho más próxima a la obra de ciertos escritores, hombres, que a la de algunas de mis compañeras de género. Un ejemplo en otro campo diferente al literario quizás ayude a verlo con mayor claridad. Tal vez las doctoras sean más proclives a explicar a sus pacientes de modo más detallado la enfermedad que padecen, a preocuparse no sólo por la resolución del problema físico sino también por como el paciente lo vive. Pero no es menos cierto que también los doctores jóvenes son más expansivos y tratan de hacerse entender más en general que los viejos, etc. Lo importante es que estas

diferencias, sin negarlas, no quita que todos ellos ejerzan la medicina y curen a sus pacientes.

Por otra parte, es evidente que el amor como tema literario o el interés por indagar en los sentimientos más íntimos de los personajes son asuntos asumidos por la tradición literaria de todos los tiempos. Si existe una mirada femenina ésta no es patrimonio de las escritoras como tampoco hay temas masculinos que sean ajenos a la obra de una mujer. ¿O es que los condicionantes sociales y políticos, las tramas de acción e intriga, la muerte, el sufrimiento del mundo, los ideales, las causas perdidas, las inquietudes del ser humano como tal son terreno vedado para esa “mirada femenina”? ¿De qué hablamos entonces cuando hablamos de “universo femenino”?

Creo que el término es no sólo inútil sino contraproducente a la hora de interpretar obras escritas por mujeres. Y lo es porque limita el alcance de éstas al ceñirse a destacar esos cuatro rasgos supuestamente femeninos restringiendo de ese modo todo su poder evocador. Si Tess, la de los D'Urberville o Effi Briest hubieran sido escritas por mujeres y juzgadas ahora bajo esa etiqueta de literatura femenina hablaríamos del poder de evocación del alma femenina y de la denuncia de la opresión de la mujer en el siglo XIX. Pero esas obras no son sólo eso. Y a sus autores se les reconoce una tremenda capacidad de adentrarse en el alma humana (así en general), un gran poder evocador de íntimos conflictos y una hábil inteligencia para forjar la recreación de una época a través de una trama impecable, etc. Un ejemplo más cercano: el universo femenino que protagoniza buena parte de la obra de Álvaro Pombo no le convierte en perfecto candidato para participar en una mesa redonda sobre literatura femenina ni para formar parte de antologías escritas por mujeres. ¿Por qué?

Lo que salta a la vista en estos ejemplos es que los escritores, hombres, tratando esos supuestos asuntos de mujeres o asumiendo esa supuesta mirada femenina no ven limitada su obra a ser juzgada bajo esos aspectos. ¿Por qué vamos entonces a

limitarnos nosotras? Las novelas de Jane Austen ofrecen una galería de personajes y una capacidad de reflejar sus mundos interiores que va más allá del hecho de que estén protagonizadas por una mujer. Etiquetarla bajo la categoría de literatura femenina en lugar de estudiarla en el mismo plano que a sus colegas masculinos me parece equivocado e injusto.

En definitiva, esa experiencia individual, personal, de la que cada autor extrae los núcleos de su obra, ese “amasijo vital” en términos de Pavese o esos “demonios” en palabras de Vargas Llosa, no puede establecerse en dos categorías: masculina y femenina. Más aún cuando casualmente sólo se adjetiva en el segundo caso. De modo que se puede hablar de experiencia femenina, mirada femenina, y hacerlo de experiencia masculina o mirada masculina resulta absurdo.

“Sin una dosis de desconcierto no habría ninguna historia que contar” escribió Henry James. Que el desconcierto provenga de la experiencia de ser mujer, del ejercicio del canibalismo o de la práctica de la misantropía me parece que no interfiere en que en todo caso estemos hablando de literatura, sin apellidos. Los medios expresivos y la temática novelesca que puedan utilizar las escritoras mujeres son tan iguales a los de los hombres que, insisto, no tiene sentido establecer una categoría aparte. No tiene sentido y sí un gran riesgo.

Fulanito Con-Nombre-y-Apellidos o “una señora”

La segunda y principal objeción a mi participación en esta antología es el peligro que corremos las propias mujeres al potenciar este tipo de estudios (ensayos sobre y por mujeres, mesas redondas de mujeres, antologías de escritoras, literatura femenina). El peligro es asociar continuamente el hecho de ser mujer a pertenecer a un género marcado, a una masa difusa y global, a una etiqueta siempre definida “en contraposición a”.

La “mujer escritora” genérico frente al escritor real, único, masculino, personal y original. Él, el escritor hombre, perteneciente a

la Literatura –con mayúscula–, y ella, la escritora mujer, carne de antologías, representante de género, adscrita al subgénero de “literatura femenina” con minúsculas. Esa categoría de “literatura femenina” restringe, limita. Lejos de formar parte con todo derecho del conjunto global de la literatura –asumiendo toda su herencia cultural y añadiendo a ella sus “rasgos propios”–, la categoría de “literatura femenina” se sitúa sin remedio al margen. La razón bien pudiera ser precisamente la discriminación imperante en la tradición literaria que ha ignorado a la mujer y que asume ahora de buen grado la etiqueta “escritos de mujeres” como subgénero, como elemento marcado de La Literatura. Pareciera que una puede ya permitirse escribir una historia de la literatura en la que no aparezca mujeres, siempre que incluya ese capítulo prescindible para la lectura en la que aparezca la “literatura femenina”. Pero lo que importa es que si esa distinción no tiene una base sólida –como traté de argumentar en el apartado anterior– cuál es la razón entonces que tenemos para contribuir a esa marginalidad.

Creo que se corre un serio peligro de discriminación al institucionalizar la “literatura femenina” como género. Las obras de las escritoras serán juzgadas con baremos diferentes y en consecuencia su alcance se verá limitado, incapaces ya de ver en ellas algo más que aquellos cuatro rasgos que supuestamente confirman que aquello ha sido escrito por una mujer. Todo esto da lugar a situaciones absurdas. Como el hecho de que en los suplementos literarios de algunos periódicos con frecuencia los libros de escritoras sean reseñados por la mujer de la sección. La peor consecuencia de ese tratamiento, de esa etiqueta que nos engloba a todas por el hecho de ser mujeres, negándonos las peculiaridades tanto en los aciertos como en los errores, es que nos convierte en masa, que nos anula como personas con nombre y apellido. Como ejemplo, un comentario que escuché hace poco en la radio es muy significativo a este respecto. Varios comentaristas discutían acerca de la sucesión al frente del

Partido Popular cuando uno de ellos zanjó la cuestión de este modo: “lo que es seguro es que será Mayor Oreja o una señora”. Volviendo a nuestro terreno, este tipo de casos abunda, pero baste con recordar como ejemplo las previsiones que se hicieron sobre la concesión del último premio Príncipe de Asturias. De nuevo un tertuliano de radio afirmaba: “parece que este año quieren dárselo a alguna mujer”. Es ese “alguna mujer”, ninguneante, lo que me provoca más crispación. Y el caso es que quien lo emplea no lo hace necesariamente con desprecio, no. Sin embargo, sí nos está convirtiendo a todas las mujeres en masa, en algo amorfo sin nombre ni apellidos, en algo, en fin, muy diferente a los Fulanito de Tal que en definitiva “son los que importan”. Este tratamiento injusto es el que obliga a que además tengamos que dar explicaciones: Una miembro del jurado de este último Premio Cervantes –otorgado a Doris Lessing– se vio así obligada a tener que dar explicaciones alegando que el premio no se había concedido “por ser mujer sino por la gran calidad de su escritura”. Esto es algo que no tendría que ser necesario decir nunca.

Llegados a este punto, no sé si viene al caso aludir a que soy una firme partidaria de las cuotas en ciertos trabajos donde la discriminación es evidente y necesita ser corregida –bien, ya lo he dicho–. Pero en el terreno literario la situación requiere otro tratamiento. En nuestro país a las mujeres se las publica porque además se supone que venden más. Por tanto no es ése el problema. El problema es que una vez que esos libros están en la calle reciban no sólo un tratamiento diferente a los de los hombres sino un tratamiento además que les condiciona y les limita. Yo estoy cansada de que me pregunten por la mirada femenina en mis novelas o de que se insista únicamente en que las protagonistas de mis relatos son mujeres. El día que escuche a un periodista preguntarle a un escritor por qué sus personajes son hombres o el día que descubra en una librería una antología del cuento masculino quizás me decida a pensar una respuesta. Por

otra parte, ¿de qué nos sirve reunirnos un puñado de escritoras en torno a una mesa redonda para tratar nuestras propias obras? La discriminación existe y para contrarrestarla no creo que sea especialmente útil encerrarnos en un círculo –aunque sea literario– y engancharnos una etiqueta: “mujeres”.

No descubro nada si digo que la historia de la literatura, como toda la historia, ha sido escrita por hombres. La facilidad con que algunas valiosas obras de mujeres han sido olvidadas o marginadas a un segundo plano es algo que se evidencia hojeando libros de texto, historias de la literatura o listados circunstanciales de los mejores autores. Faulkner estará en boca de cualquier crítico que enumere a los grandes autores estadounidenses del siglo XX mientras que Carson McCullers tal vez aparezca, o no, en letra pequeña. La discriminación de la mujer existe en el terreno de la literatura como existe todavía casi en cualquier otro terreno. Sin duda es una discriminación menor a la que había hace un siglo ya que como digo a las mujeres se les publica, se les concede premios. Una discriminación tal vez más sutil que en mi opinión habría que combatir con igual sutileza. En lugar de publicar antologías de mujeres para rescatar escritoras olvidadas y darles el protagonismo que merecen, sería más efectivo un verdadero esfuerzo por evitar prejuicios a la hora de escribir ensayos literarios o establecer cánones. Empezar, ya se sabe, por los cimientos y no por el tejado. ¿Cuántas mujeres investigadoras hay, cuántas jefas de departamento en una universidad o cuántas directoras de sección en un periódico? No se trata de construir un espacio sólo para mujeres al margen de la literatura (al margen o dentro como subconjunto, da igual, el caso es que las obras escritas por mujeres sean siempre el elemento marcado) sino de instalar a las mujeres en la tradición literaria con pleno derecho.

En definitiva, no se trata de discernir si es más efectivo hacer estudios sobre el machismo en los dibujos animados o crear

dibujos animados no machistas. Ambas cosas son necesarias. Pero mientras lo primero ya es algo asumido por todos, algo hecho, quién lo niega, en lo segundo todavía falta mucho por hacer. Ahí creo que está el verdadero reto. En que actuemos como si toda la tradición literaria fuera nuestra, todos los clásicos de la literatura nuestros clásicos –como de hecho son– y nos demos a nosotras mismas el lugar, secundario o no, que nos corresponda. Sin prejuicios, sin etiquetas al margen, sin exclusiones.

“Ser mujer vende”. ¿Lo que nos faltaba!

La frase promocional del libro de una joven escritora decía así: “una mirada femenina, tierna y cruel al mismo tiempo”. Así están las cosas. Si el libro hubiera sido tan sólo una historia dulce sería la dulzura lo que caracterizaría esa mirada femenina. Si se hubiera tratado de un relato duro y desesperanzado sin duda se habría justificado aludiendo a la condición marginal de la mujer en nuestra sociedad. El absurdo sólo se explica porque ese adjetivo, “femenino”, se supone que vende. Y de este modo la rueda gira y todo concuerda y las editoriales venden “mujeres” y las universidades de verano propician mesas redondas de escritoras sobre la obra de escritoras. Una vez más llevamos la peor parte, porque la literatura no es eso.

Que el hecho de que las tendencias del mercado marquen lo que se publica y lo que no es algo que nos afecta a todos los escritores y a todas las escritoras. Que la crítica literaria a menudo responda a un intrincado juego de compadreo, de revanchas personales o intereses empresariales también es algo que nos perjudica a todos. Que los libros sean tratados como material fungible no nos afecta más o menos por el hecho de ser mujeres. En una conversación en la Feria del Libro de Madrid escuché en una ocasión a un periodista que pedía a un editor que recomendara un libro. Después de que éste mencionara uno la respuesta del periodista fue: “Ése salió el año pasado. ¿Puedes

recomendar alguno más reciente?” Esto también nos concierne a todos, y por eso no veo el motivo de que me pregunten a mí, si como mujer, me molesta más o menos.

¿Es que ellos no tienen nada que decir al respecto?

Y esta sería mi última objeción al libro que tienen entre manos. Una objeción en forma de batería de preguntas: ¿Por qué tienen que opinar sólo las mujeres sobre la situación de las mujeres? ¿No sería igualmente interesante las opiniones de un editor/a, de un lector/a, de un crítico/a? ¿Es que el machismo en literatura es sólo cosa nuestra? ¿Es que deberíamos prohibir la presencia de hombres en la manifestación del ocho de marzo?, ¿la presencia de españoles en una protesta contra la ley de extranjería? ¿Es que sólo nosotras nos entendemos? ¿Es que no hay mujeres más machistas que ciertos hombres? ¿Es que la solución para que no nos excluyan es excluirles nosotras a ellos?

La discriminación existe, partimos con desventaja y eso no es nada nuevo. Las antologías de mujeres, los libros excluyentes de escritoras sobre escritoras, las mesas redondas sobre “literatura femenina”, insisto, me parece que a su pesar respaldan e institucionalizan esa discriminación. Por todo eso yo no querría estar aquí. Y sin embargo.

Begoña Huertas

Índice

	Págs.
Introducción	9
LA CONSTRUCCIÓN SOCIO-CULTURAL DE LA ESCRITORA	
La construcción de una escritora. <i>Paloma Díaz-Mas</i>	17
El mercado literario, o, tantas veces, el desaliento. <i>Elena Santiago</i>	35
La conquista de una mirada. <i>Almudena Grandes</i>	47
LA ESCRITORA ANTE LA INDUSTRIA CULTURAL	
Estética de la exclusión. <i>Clara Obligado</i>	75
¿Qué significa “de mujeres / para mujeres / femenino” en la crítica literaria española actual? <i>Laura Freixas</i>	97
El esternocleidomastoideo de la escritora. <i>Paula Izquierdo</i>	119
REIVINDICACIÓN DE UNA DIFERENCIA	
El lector desinformado. <i>Care Santos</i>	139
El falsete de la soprano. <i>Marta Sanz</i>	159
El precio de la aventura. <i>Lola Beccaria</i>	171
A MODO DE CONCLUSIÓN	
Yo no quería estar aquí. Y sin embargo. <i>Begoña Huertas</i>	185



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
17 DE SEPTIEMBRE DE 2003, FESTIVIDAD DE
SANTA HILDEGARDA

LAUS DEO